



XXX

**Y** ahora mucho cuidado ; mira lo que vas á hacer.

—¿Tú no entras?

—No, no... Tengo prisa, tengo qué hacer.

—Me dejas solo ahora!

—Volveré si quieres..... pero... mejor te acostabas pronto. Mañana vendré temprano...

—Te advierto que no te he dicho que sí.

—Bueno, bueno... adiós.

—Espera, espera... no me dejes solo... todavía. No te he dicho que sí; tal vez... lo piense más y... me decida por seguir el camino opuesto.

—Pero por de pronto, Víctor, prudencia, disimulo...

Es decir, si no quieres exponerte á una desgracia. Ya lo sabes...

—Sí; sí! Benítez cree que un gran susto, una impresión fuerte...

—Eso; puede matarla.

—¡Está enferma!

—Sí, más de lo que tú crees.

—¡Está enferma! Y un susto, un susto grande... puede matarla.

—Eso, así como suena.

—Y yo debo subir, y guardar para mí todos estos rencores, toda esta hiel tragármela... y disimular, y hablar con ella para que no sospeche y no se asuste... y no se me muera de repente...

—Sí, Víctor, sí; todo eso debes hacer.

—Pero confiesa, Tomás, que todo eso se dice mejor que se hace; y comprende que ese aldabón me inspire miedo, explícate la razón que tengo para tenerle el mismo asco que si fuera de hierro líquido...

—Calló á esto Frígilis.—

Llegaban de la estación; estaban en el portal del caerón de los Ozores, que apenas alumbraba á pedazos el farol dorado pendiente del techo.

Quintanar no tenía valor para subir á su casa. No quería llamar. «Iban á abrirle, iba á salir ella, Ana, á su encuentro, se atrevería á sonreír como siempre, tal vez á ponerle la frente cerca de los labios para que la besara... Y él tendría que sonreír, y besar y callar... y acostarse tan sereno como todas las noches... Tomás debía comprender que aquello era demasiado...»

Y además, las revelaciones de Frígilis respecto á la salud de Ana le habían caído al pobre ex-regente como una maza sobre la cabeza. «¡Aquella alegría, aquella exaltación que la habían llevado... al crimen, á la infamia de una traición... eran una enfermedad; Ana podía morir de repente cualquier día; una impresión

extraordinaria lo mismo de dolor que de alegría, mejor si era dolorosa, podía matarla en pocas horas...» Esto había contestado Frígilis á la historia de su amigo. Á Mesía fusilémosle, había dicho, si eso te consuela; pero hay que esperar, hay que evitar el escándalo, y sobre todo hay que evitar el susto, el espanto que sobrecogería á tu mujer si tú entraras en su alcoba como los maridos de teatro... Ana, culpable según las leyes divinas y humanas, no lo era tanto en concepto de Frígilis que mereciera la muerte.

—¿Quién quiere matarla? ¡Yo no quiero eso!--había interrumpido don Víctor al oír esto.

Pero Frígilis había replicado:

—Sí quieres tal, si le dices que lo sabes todo. Lo que hay que hacer hay que pensarlo; yo no digo que la perdones, que esa sea la única solución; pero confiesa que el perdonar es una solución también.

—Perdonarla es transigir con la deshonra...

—Eso ya lo veríamos. ¿Tú eres cristiano?

—Sí, de todo corazón, más cada día... Como que ya no veo más refugio para mi alma que la religión...

—Bueno, pues si eres cristiano ya veremos si debes perdonar ó no. Pero no se trata de esto todavía; se trata de no cortar el camino al perdón, antes de ver si conviene, dando á tu mujer esa puñalada mortal al entrar en su cuarto y gritar: «¡Muera la esposa infiel!» para que ella conteste: «¡Jesús mil veces!» y caiga redonda. Yo no sé si diría «Jesús mil veces» pero de que caería estoy seguro. Y ya ves, antes de matarla hay que ver si tenemos derecho para ello.

—No, yo no le tengo; me lo dice la conciencia...

—Y dice perfectamente. Ni yo tengo derecho para aconsejarte nada trágico. Cuando te casé con ella, porque yo te casé, Víctor, bien te acordarás, creí hacer la felicidad de ambos...

—Y no parecía que te habías equivocado. La mía la

habías hecho. La de ella... durante más de diez años pareció que también.

—Sí, pareció; pero la procesión andaba por dentro... Diez años fué buena: la vida es corta... No fué tan poco.

—Mira. Frigilis, tu filosofía no es para consolar á un marido en mi situación... Ya sé yo todo lo que tú puedes decirme, y mucho más... Eso no es consolarme...

—Ni yo creo que tu situación admita consuelos más que el del tiempo y la reflexión lenta y larga... Pero ahora no se trata de ti, se trata de ella. ¿Te empeñas en coseñ el cuerpo con un florete ó con una espada á Mesía? Sea; pero hay que ver cuándo y cómo. Hay que tener calma. Después de lo que sabes de la enfermedad de Ana, secreto que Benítez me impuso y que rompo por lo apurado del caso, después de saber que puede sucumbir ante una revelación semejante...

—¿Pero no es peor hacer lo que hace, que saber que yo lo sé? ¿Quién te asegura á ti que no me despreciará, que no procurará huir con el otro?

—Victor, no seas majadero! El otro... es un zascandil. No hizo más que esperar que cayera el fruto de maduro... Ella no está enamorada de Mesía... En cuanto vea que es un cobarde y que la abandona antes que pelear por ella... le despreciará, le maldecirá... y en cambio los remordimientos la volverán á ti, á quien siempre quiso.

—¡Que quiso!

—Sí, más que á un padre. ¿Qué mejor prueba quieres que todo lo pasado? ¿Por qué se hizo mística?... Y la pobre... también tuvo que sufrir ataques... creo yo, de otro lado... de... pero en fin, de esto no hablemos. ¿Por qué luchó como luchó sin duda? Porque te quería... porque te quiere... te quiere mucho...

—¡Y me vende!

—Te vende! te vende!... En fin, no hablemos de eso... ya has dicho que no quieres mis filosofías. Ello es, que si armas arriba una escena de honor ultrajado, en seguida hay otra de entierro.

—Hombre, dices las cosas de un modo!...

—La verdad. Un drama completo. Pero en último caso, si tan irritado estás, si tan ciego te ves, si no puedes atender á razones, ni á tu conciencia que bien claro te habla; llama, sube, alborota, quema la casa... Ó no hagas tanto, que bastará con que la espantes con tu noticia para que Ana caiga de espaldas y le estalle dentro una de esas cosas en que tú no crees, pero que son para la vida como los alambres para el telégrafo. Si estás furioso, si no puedes contenerte, también tú tendrás disculpa hagas lo que hagas. (Pausa.) Pero si no, Quintanar, no tienes perdón de Dios.

Esto último lo dijo Crespo con voz solemne, grave, vibrante que hizo á su amigo estremecerse.

Después de este diálogo, parte del cual mantuvieron por el camino de la estación á casa, y parte dentro del portal, fué cuando Quintanar se acercó á la puerta para coger el aldabón, y cuando Frigilis exclamó:

—Y ahora mucho cuidado; mira lo que vas á hacer.—

Frigilis tenía prisa, quería dejar á don Victor cuanto antes para correr en busca de don Alvaro y advertirle de que Quintanar sabía su traición, para que se abstuviera de asaltar el Parque aquella noche y acudir á la cita, si la tenía como era de suponer. Pensaba Crespo que á Víctor no se le había ocurrido, como no se le ocurrieron otras tantas cosas, que aquella noche se repetiría la escena de la anterior, que debía de ser ya antigua costumbre; podía don Alvaro, que no había visto á su víctima cuando le acechaba en el Parque, volver á las andadas, sorprenderle Quintanar, y entonces era imposible evitar una tragedia. Además, Frigilis

tenía la convicción de que don Alvaro escaparía de Vetusta en cuanto él le dijera que Quintanar iba a desafiarle. No le faltaban motivos para creer muy cobarde al don Juan Tenorio.

«¡Pero aquel Víctor no le dejaba marchar!»

Por fin, después de prometer de nuevo disimular, ocultar su dolor, su ira, lo que fuera, pero sólo por aquella noche, llamó el digno regente jubilado con el mismo aldabonazo enérgico y conciso con que hacía retumbar el patio, cuando la casa era honrada y el jefe de familia respetado y tal vez querido.

—¡Adiós, adiós, hasta mañana temprano!— dijo Frigilis librándose de la mano trémula que le sujetaba un brazo.

—«Egoísta, pensó don Víctor al quedarse sólo;—es la única persona que me quiere en el mundo... y es egoísta!»

Se abrió la puerta. Vaciló un momento... Se le figuró que del patio salía una corriente de aire helado...

Entró, y al volverse hacia el portal, para cerrar la puerta que dejaba atrás, vió que entraba en su casa un fantasma negro, largo; que paso á paso, por el portal adelante, se acercaba á él y que se le quitaba el sombrero que era de teja.

—¡Mi señor don Víctor!—dijo una voz melosa y temblona.

—¡Cómo! ¿Vd.?... ¡es Vd... señor Magistral!... Un temblor frío, como precursor de un síncope, le corrió por el cuerpo al ex-regente, mientras añadía, procurando una voz serena:

—¿Á qué debo... á estas horas... la honra...? ¿qué pasa?... ¿Alguna desgracia?...

—«Pero este hombre ¿no sabe nada?» se preguntó De Pas, que parecía un desenterrado.

Miró á don Víctor á la luz del farol de la escalera y le vió desencajado el rostro; y don Víctor á él le vió

tan pálido y con ojos tales que le tuvo un miedo vago, supersticioso, el miedo del mal incierto. Hasta llegar allí, el Magistral no había hablado, no había hecho más que estrechar la mano de don Víctor é invitarle con un ademán gracioso y enérgico al par, á subir aquella escalera.

—Pero ¿qué pasa?—repitió don Víctor en voz baja en el primer descanso.

—¿Viene Vd. de caza?—contestó el otro con voz débil.

—Sí, señor, con Crespo; ¿pero qué sucede? Hace tanto tiempo... y á estas horas...

—Al despacho, al despacho... No hay que alarmarse... al despacho...

Anselmo alumbraba por los pasillos del caserón á su amo á quien seguía el Magistral.

—«No pregunta por Ana»—pensó De Pas.

—La señora no ha oído llamar, está en su tocador... ¿quiere el señor que la avise?—preguntó Anselmo.

—¿Eh? no, no, deja... digo... si el señor Magistral quiere hablarme á solas...—y se volvió el amo de la casa al decir esto.

—Bien, sí; al despacho... entremos en su despacho...

Entraron. El temblor de Quintanar era ya visible. «¿Qué iba á decirle aquel hombre? ¿Á qué venía?...»

Anselmo encendió dos luces de esperma y salió.

—Oye, si la señora pregunta por mí, que allá voy... que estoy ocupado... que me espere en su cuarto... ¿No es eso? ¿No quiere Vd... que estemos solos?

El Magistral aprobó con la cabeza, mientras clavaba los ojos en la puerta por donde salía Anselmo.

«Ya estaba allí, ya había que hablar... ¿qué iba á decir? Terrible trance; tenía que decir algo y ni una idea remota le acudía para darle luz; no sabía absolutamente nada de lo que podía convenirle decir. ¿Cómo

hablar sin preguntar antes? ¿Qué sabía don Víctor? esta era la cuestión... según lo que supiera, así él debía hablar... pero no, no era esto... había que comenzar por explicarse. Buen apuro.» Estaba el Magistral como si don Víctor le hubiera sorprendido allí, en su despacho, robándole los candeleros de plata en que ardían las velas.

Quintanar daba diente con diente y preguntaba con los ojos muy abiertos y pasmados...

—«¿ Vd. dirá? » decían aquellas pupilas brillantes y en aquel momento sin más expresión que un tono interrogante.

«Había que hablar.»

—¿ Tendría Vd... por ahí... un poquito de agua?... —dijo don Fermín, que se ahogaba, y que no podía separar la lengua del cielo de la boca.

Don Víctor buscó agua y la encontró en un vaso, sobre la mesilla de noche. El agua estaba llena de polvo, sabía mal. Don Fermín no hubiera extrañado que supiera á vinagre. Estaba en el Calvario. Había entrado en aquella casa porque no había podido menos: sabía que necesitaba estar allí, hacer algo, ver, procurar su venganza, pero ignoraba cómo. «Estaba, cerca de las diez de la noche, en el despacho del marido de la mujer que le engañaba á él, á De Pas, y al marido; ¿ qué hacía allí? ¿ qué iba á decir? Por la memoria excitada del Magistral pasaron todas las estaciones de aquel día de Pasión. Mientras bebía el vaso de agua, y se limpiaba los labios pálidos y estrechos, sentía pasar las emociones de aquel día por su cerebro, como un amargor de purga. Por la mañana había despertado con fiebre, había llamado á su madre asustado y como no podía explicarle la causa de su mal había preferido fingirse sano, y levantarse y salir. Las calles, las gentes brillaban á sus ojos como un resplandor amarillento de cirios lejanos; los pasos y las voces so-

naban apagados, los cuerpos sólidos parecían todos huecos; todo parecía tener la fragilidad del sueño. Antojábasele una crueldad de fiera, un egoísmo de piedra, la indiferencia universal; ¿ por qué hablaban todos los vetustenses de mil y mil asuntos que á él no le importaban, y por qué nadie adivinaba su dolor, ni le compadecía, ni le ayudaba á maldecir á los traidores y á castigarlos? Había salido de las calles y había paseado en el paseo de Verano, ahora triste con su arena húmeda bordada por las huellas del agua corriente, con sus árboles desnudos y helados. Había paseado pisando con ira, con pasos largos, como si quisiera rasgar la sotana con las rodillas; aquella sotana que se le enredaba entre las piernas, que era un sarcasmo de la suerte, un trapo de carnaval colgado al cuello.

«Él, él era el marido, pensaba, y no aquel idiota, que aún no había matado á nadie (y ya era mediodía) y que debía de saberlo todo desde las siete. Las leyes del mundo ¡ qué farsa! Don Víctor tenía el derecho de vengarse y no tenía el deseo; él tenía el deseo, la necesidad de matar y comer lo muerto, y no tenía el derecho... Era un clérigo, un canónigo, un prebendado. Otras tantas carcajadas de la suerte que se le reía desde todas partes.» En aquellos momentos don Fermín tenía en la cabeza toda una mitología de divinidades burlonas que se conjuraban contra aquel miserable Magistral de Vetusta.

La sotana, azotada por las piernas vigorosas, decía: *ras, ras, ras*; como una cadena estridente que no ha de romperse.

Sin saber cómo, De Pas había pasado delante de la fonda de Mesía. «Sabía él que don Alvaro estaba en casa, en la cama. Si, como temía, don Víctor no le había cerrado la salida del parque de los Ozores, si nada había ocurrido, en el lecho estaba don Alvaro tranquilo, descansando del placer. Podía subir, entrar en

su cuarto, y ahogarlo allí... en la cama, entre las almohadas... Y era lo que debía hacer; si no lo hacía era un cobarde; temía á su madre, al mundo, á la justicia... Temía el escándalo, la novedad de ser un criminal descubierto; le sujetaba la inercia de la vida ordinaria, sin grandes aventuras... era un cobarde: un hombre de corazón subía, mataba. Y si el mundo, si los necios vetustenses, y su madre y el obispo y el papa, preguntaban ¿ por qué ? él respondía á gritos, desde el púlpito si hacía falta: Idiotas ¿ qué, por qué mato? Porque me han robado á mi mujer, porque me ha engañado mi mujer, porque yo había respetado el cuerpo de esa infame para conservar su alma, y ella, prostituta como todas las mujeres, me roba el alma porque no le he tomado también el cuerpo... Los mato á los dos porque olvidé lo que oí al médico de ella, olvidé que *ubi irritatio ibi fluxus*, olvidé ser con ella tan grosero como con otras, olvidé que su carne divina era carne humana; tuve miedo á su pudor y su pudor me la pega; la creí cuerpo santo y la podredumbre de su cuerpo me está envenenando el alma... Mato porque me engañó; porque sus ojos se clavaban en los míos y me llamaban hermano mayor del alma al compás de sus labios que también lo decían sonriendo; mato porque debo, mato porque puedo, porque soy fuerte, porque soy hombre... porque soy fiera...»

Pero no mató. Se acercó á la portería y preguntó... por el señor obispo de Nauplia, que estaba de paso en Vetusta.

—Ha salido—le dijeron.

Y don Fermín, sin ver lo que hacía, dobló una tarjeta y la dejó al portero.

Y volvió á su casa.

Se encerró en el despacho. Dijo que no estaba para nadie y se paseó por la estrecha habitación como por una jaula.

Se sentó, escribió dos pliegos. Era una carta á la Regenta. Leyó lo escrito y lo rasgó todo en cien pedazos. Volvió á pasear y volvió á escribir, y á rasgar y á cada momento clavaba las uñas en la cabeza.

En aquellas cartas que rasgaba, lloraba, gemía, imprecaba, deprecaba, rugía, arrullaba; unas veces parecían aquellos regueros tortuosos y estrechos de tinta fina, la cloaca de las inmundicias que tenía el Magistral en el alma: la soberbia, la ira, la lascivia engañada y sofocada y provocada, salían á borbotones, como podredumbre líquida y espesa. La pasión hablaba entonces con el murmullo ronco y gutural de la basura corriente y encauzada. Otras veces se quejaba el idealismo fantástico del clérigo como una tórtola; recordaba sin rencor, como en una elegía, los días de la amistad suave, tierna, íntima; de las sonrisas que prometían eterna fidelidad de los espíritus; de las citas para el cielo, de las promesas fervientes, de las dulces confianzas; recordaba aquellas mañanas de un verano, entre flores y rocío, místicas esperanzas y sabrosa plática, felicidad presente comparable á la futura. Pero entre los quejidos de tórtola el viento volvía á bramar sacudiendo la enramada, volvía á rugir el huracán, estallaba el trueno y un sarcasmo cruel y grosero rasgaba el papel como el cielo negro un rayo. «¡ Y por quién dejaba Ana la salvación del alma, la compañía de los santos y la amistad de un corazón fiel y confiado...! ¡ por un don Juan de similor, por un elegantón de aldea, por un parisién de temporada, por un busto hermoso, por un Narciso estúpido, por un egoísta de yeso, por un alma que ni en el infierno la querrían de puro insustancial, sosa y hueca!...» «Pero ya comprendía él la causa de aquel amor; era la impura lascivia, se había enamorado de la carne fofa, y de menos todavía, de la ropa del sastre, de los primores de la planchadora, de la habilidad del zapatero, de

la estampa del caballo, de las necedades de la fama, de los escándalos del libertino, del capricho, de la ociosidad, del polvo, del aire... Hipócrita... hipócrita... lasciva, condenada sin remedio, por vil, por indigna, por embustera, por falsa, por...» y al llegar aquí era cuando furioso contra sí mismo, rasgaba aquellos papeles el Magistral, airado porque no sabía escribir de modo que insultara, que matara, que despedazara, sin insultar, sin matar, sin despedazar con las palabras. «Aquello no podía mandarse bajo un sobre á una mujer, por más que la mujer lo mereciera todo. No, era más noble sacar de una vaina un puñal y herir, que herir con aquellas letras de veneno escondidas bajo un sobre perfumado.»

Pero escribía otra vez, procuraba reportarse, y al cabo la indignación, la franqueza necesaria á su pasión estallaban por otro lado; y entonces era él mismo quien aparecía hipócrita, lascivo, engañando al mundo entero. «Sí, sí, decía, yo me lo negaba á mi mismo, pero te quería para mí; quería, allá en el fondo de mis entrañas, sin saberlo, como respiro sin pensar en ello, quería poseerte, llegar á enseñarte que el amor, nuestro amor, debía ser lo primero; que lo demás era mentira, cosa de niños, conversación inútil; que era lo único real, lo único serio el quererme, sobre todo yo á ti, y huir si hacía falta; y arrojar yo la máscara, y la ropa negra, y ser quien soy, lejos de aquí donde no lo puedo ser: sí, Anita, sí, yo era un hombre ¿no lo sabías? ¿por eso me engañaste? Pues mira, á tu amante puedo deshacerle de un golpe; me tiene miedo, sábelo, hasta cuando le miro; si me viera en despoblado, solos frente á frente, escaparía de mí... Yo soy tu esposo; me lo has prometido de cien maneras; tu don Víctor no es nadie; mírale como no se queja: yo soy tu dueño, tú me lo juraste á tu modo; mandaba en tu alma que es lo principal; toda eres mía, sobre

todo porque te quiero como tu miserable vetustense y el aragonés no te pueden querer; ¿qué saben ellos, Anita, de estas cosas que sabemos tú y yo...? Sí, tú las sabías también... y las olvidaste... por un cacho de carne fofa, relamida por todas las mujeres malas del pueblo... Besas la carne de la orgía, los labios que pasaron por todas las pústulas del adulterio, por todas las heridas del estupro, por...»

Y don Fermín rasgó también esta carta, y en mil pedazos más que todas las otras. No acertaba á arrojar en el cesto los pedacitos blancos y negros, y el piso parecía nevado; y sobre aquellas ruinas de su indignación artística se paseaba furioso, deseando algo más succulento para la ira y la venganza que la tinta y el papel mudo y frío.

Salió otra vez de casa; paseó por los soportales que había en la Plaza Nueva, enfrente de la casa de los Ozores.

«¿Qué habría pasado? ¿Habría descubierto algo don Víctor? No; si hubiera habido algo, ya se sabría. Don Víctor habría disparado su escopeta sobre don Alvaro, ó se estaría concertando un desafío y ya se sabría; no se sabía nada, nada; luego nada había sucedido.»

Dos, tres veces, ya al oscurecer, entró el Magistral en el zaguán oscuro del caserón de la Rinconada. Quería saber algo, espiar los ruidos... pero á llamar no se atrevía... «¿Á qué iba él allí? ¿Quién le llamaba á él en aquella casa donde en otro tiempo tanto valía su consejo, tanto se le respetaba y hasta quería? Nadie le llamaba. No debía entrar.» No entró. «Además, iba pensando mientras se alejaba, si yo me veo frente á ella, ¿qué sé yo lo que haré? Si ese marido indigno, de sangre de horchata, la perdona, yo... yo no la perdono y si la tuviera entre mis manos, al alcance de ellas siquiera... Sabe Dios lo que haría. No, no debo entrar en esa casa; me perdería, los perdería á todos.»